

13. El juicio (4T 2022—La vida eterna: Sobre la muerte, el estado de los muertos y la esperanza futura)

Textos bíblicos: Mateo 25:31–46; Dan. 7:9–14; 1 Cor. 6:2, 3; 2 Ped. 2:4–6; Mal. 4:1; Apoc. 21:8; 2 Corintios 5:10.

Citas

- Siendo imposible para nosotros comprar el perdón, Dios ordenó en nuestro lugar a uno que tomó sobre sí todo nuestro merecido castigo y cumplió la Ley por nosotros, evitando así el juicio de Dios y aplacando su ira. *Martín Lutero*
- La fe en la que fui educado me aseguraba que yo era mejor que otras personas; yo estaba salvado, ellos estaban condenados... Nuestros himnos estaban cargados de arrogancia, de autocomplacencia por lo bien que estábamos con el Todopoderoso y por la buena opinión que tenía de nosotros, por el infierno que les esperaba a los demás el día del Juicio Final. *Robert Heinleim*
- Si equiparas el juicio de Dios con tu juicio, tienes una religión equivocada. *Reinhold Niebuhr*

Para debatir

¿Qué conclusiones sacamos cuando nos concentramos en las imágenes legales del juicio? ¿Cuáles son los aspectos positivos del juicio de los últimos tiempos? ¿Cómo juzgamos la bondad o no de nuestros pensamientos y acciones? ¿Por qué Jesús se centra en lo que hacemos y no en la corrección de nuestras creencias? ¿Por qué nos dice que no juzguemos para no ser juzgados? ¿Qué aprendemos de todo esto?

Resumen bíblico

En Mateo 25:31-46 se detalla la separación de las ovejas y las cabras, en función de lo que hayan hecho por los demás. Dan. 7:9-14 es la visión de Daniel del juicio. 1 Cor. 6:2, 3 nos dice que vamos a juzgar a los ángeles. Pedro habla del juicio de Dios sobre los ángeles pecadores, los antediluvianos y Sodoma y Gomorra (2 P. 2:4-6). Viene el tiempo, dice Malaquías, en que los impíos serán completamente quemados (Mal. 4:1). Apocalipsis 21:8 hace referencia a la segunda muerte. “Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo. Cada uno de nosotros recibirá lo que merece por lo que ha hecho en esta vida, sea bueno o malo”. 2 Corintios 5:10 VBL.

Comentario

Sentencia. Te dicen que tienes que asistir a un tribunal. ¿Cómo te sientes? ¿Contento, alegre, emocionado? ¿Al llegar el día saltas de la cama con feliz anticipación y te diriges al edificio del tribunal lleno de júbilo? No, no y tres veces no, ¿verdad?

La idea del juicio está llena de matices negativos en nuestra sociedad. La idea de Dios como juez no emociona el corazón. Esto se debe a que nuestro sistema moderno de justicia tiende a considerar el proceso de juicio sólo en términos de condena o absolución. Pero los sistemas de juicio del pasado (como en la época de Jesús) se preocupaban mucho no sólo de condenar a los criminales, sino de reivindicar a los justos de forma muy positiva. Pero en nuestras mentes, la imagen es así:

Al principio no puedo ver nada. Un pesado peso de oscuridad me presiona, una espesa penumbra como si me asfixiara una manta de terciopelo negro. Me froto los ojos, aterrada por haberme quedado ciega. Al igual que un niño, tengo miedo de todo lo que sucede en la noche.

Entonces oigo el palpitante de un sombrío tambor, como el de un pelotón de ejecución que marcha lentamente. Suenan trompetas estridentes y, de repente, me deslumbra un reflector ardiente. Atrapado en ese estrecho círculo de luz, estoy preso como la víctima. Los relámpagos se desprenden y los truenos ensordecedores se estrellan. Quiero arrastrarme a alguna parte...

En la galería que me rodea se han colocado grandes tronos. El lugar está lleno de rica púrpura, filigrana de oro y terciopelo negro: una escena impresionante de majestuosidad y poderío sobrecogedores. Una pesada campana hace sonar su lúgubre grito de condena; un monstruoso órgano hace sonar sus acordes en forma de remolino; un enorme gong resuena con un ruido aterrador que corta los oídos. Mi cabeza da vueltas, mi cuerpo se estremece, mi corazón se detiene. Como un ratón preso del pánico, estoy a punto de morir de miedo. A mi alrededor y por encima de mí, esta inmensa máquina de la corte sigue avanzando con toda su implacable dignidad y poder. Quiero caer por una grieta en el suelo...

Entonces un millón de ojos me miran fijamente. Las manos apuntan en señal de acusación. Miro a mi alrededor buscando una salida, pero por todas partes veo a los mismos acusadores coreando: “¡Culpable! ¡Culpable!” Los cazadores tienen su presa sacrificada, el acusado tiembla en el banquillo, el criminal se acobarda para ser condenado con razón. Desde lo alto, la gran voz de mando resuena a través de las cámaras de eco de este impresionante juicio: “¡QUE COMIENCE EL JUICIO!”

Quiero morir... Cierro los ojos y espero a que caiga el hacha. Esperando... esperando... Suplicando: “Por favor, acabe con todo. Soy culpable. Confieso. Hazlo rápido. No me atormentes más. Por favor...”

Pero no sucede nada. Tras una eternidad de espera, abro lentamente los ojos. Un hombre de blanco me sonrío. Me coge de la mano y me lleva lejos.

“Pero ¿qué pasa...?” Me vuelvo y señalo la sala, los dedos que me señalan y los gritos de “¡Culpable!”. Pero todos han desaparecido. “Todo ha desaparecido. ¿Qué ha pasado con el juicio? ¿No estaba a punto de ser condenado? La temible condena y todo eso. ¿Y qué pasa con esa imagen aterradora del Juicio Final de Dios?”

“No es así”, dice suavemente.

“¿Eh? ¿Cuál es ese texto? ‘Todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Dios’ o algo así. Y recuerdo los sermones: ‘Y Dios golpeará sin piedad a todos sus miserables siervos infieles...’”

“No es así”.

“Luego está el lago de fuego y el granizo de azufre y la quema de los infractores de la ley. Ese es el juicio, y tiene que ser hecho. ‘En fuego ardiente tomando venganza de los que no conocen a Dios’”. Sonríe para mis adentros: Conozco los textos, ¡pero este pobre hombre no conoce su Biblia! “Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”. Para que Dios sea realmente bueno y justo, tiene que derramar su ira sobre los infieles rebeldes y castigar de forma temible a todos los que se niegan a obedecerle. Es justo. Parte de la recompensa para los justos es evitar que se quemen vivos mientras se castiga a los malvados”.

El hombre de blanco no necesita decir “No es así”. Lo veo en sus ojos entristecidos. Suspira: “¿De verdad crees que ese es el Juicio del Juez justo? ¿Qué clase de fin es éste? ¿Qué clase de razón para ser bueno? Ciertamente, los que rechazan mi salvación, mis ofertas de rescate y reconciliación, experimentarán los resultados de seguir su propio camino: la autodestrucción. La paga del pecado es la muerte. Pero yo no soy el verdugo. Yo no destruyo a

nadie; ellos se destruyen a sí mismos. Además, ¿qué clase de persona dice 'haz lo que te digo o te quemó vivo'?"

En eso tiene razón. Sólo un sádico, un dictador, un terrorista. ¿Es Dios realmente así? Pero debe haber un final. El bien debe ser finalmente reivindicado. Dios debe demostrar que tiene razón. Y los malvados deben recibir su merecido. El hombre de blanco se vuelve lentamente hacia mí, conociendo mis pensamientos. Mirándome directamente a los ojos, me pregunta en voz baja: “¿Y qué te mereces?”

Me quedo callado. No parece el momento ni el lugar para enumerar mi historial de buena conducta.

¿Y qué hay de esta visión del Juicio Final llena de terror? ¿Cómo se supone que debemos pensar en Dios como el Juez justo? En el centro de la cuestión está la verdadera pregunta: ¿Cómo es Dios realmente?

Comentarios de Elena de White

¡Qué revelaciones se harán en el día del juicio! Muchos de los que se llaman a sí mismos cristianos se encontrarán con que no han sido siervos de Dios, sino siervos de sí mismos. El yo ha sido su centro; el servicio a sí mismo ha sido su tarea de vida. Los últimos rayos de luz misericordiosa, el último mensaje de misericordia que se dará al mundo, es una revelación de su carácter de amor. {Consejos sobre Mayordomía Cristiana, p. 134}